

Resumen

En este artículo se presentan algunas de las diversas formas de comprender a la ciudad y lo urbano. La ciudad como espacio, como experiencia y como diversidad son tres de los grandes núcleos de reflexión sociológica y antropológica sobre la ciudad. A ellos podemos añadir las aportaciones de la comunicología, en al menos dos vertientes: la ciudad como construcción mediática y la ciudad como sistema de comunicación. Lejos de presentar ideas cerradas en torno al tema, en este ensayo se presentan algunas ideas para la reflexión en torno a la ciudad y la cultura urbana, desde una óptica que si bien no es privilegiada en la actualidad, sí creemos que puede ofrecer varias aristas de investigación y análisis: la ciencia de la comunicación.

Imágenes de la ciudad. Comunicación y culturas urbanas

Comprender el entorno urbano, la ciudad, requiere en la actualidad una mirada abierta. No debemos abordar el espacio urbano sólo como la dimensión física de la ciudad, sino que es fundamental incorporar la experiencia de quienes habitan en ella. Y esta idea se complementa con que las experiencias de vivir en una ciudad son muy diversas y dependen de las expectativas, los logros, las frustraciones, etc., de los sujetos. Raymond Ledrut (1974) ya apuntó que la ciudad "...no es una suma de cosas, ni una de éstas en particular. Tampoco es el conjunto de edificios y calles, ni siquiera de funciones. Es una reunión de hombres que mantienen relaciones diversas" (1).

Los estudiosos de las ciudades, igual que los ciudadanos que las habitan, se encuentran hoy con un espacio urbano que da lugar a indeterminaciones y ambigüedades. Los afanes de comprensiones e interpretaciones totalizadoras se convierten en intentos realizados en vano, ya que se distancian en gran medida de la lógica incierta del mundo urbano. Esta lógica ha llevado a definir a la ciudad como "...sistema anárquico y arcaico de signos y símbolos" (2). En el mismo sentido, Jelin (1996) define la ciudad como "...símbolo de las tensiones entre la integración cultural y lingüística, de un lado, y la diversidad, la confusión y el caos, de otro" (3). La indeterminación del espacio urbano parece ser una constante en las reflexiones sobre lo urbano (4).

Desde la antropología de lo urbano se ha considerado a la ciudad como escenario colectivo de encuentro, de contestación y acomodo, de dominio o subalternidad, de contacto o conflicto de culturas diferentes (Pratt, 1991). Negociación o convivencia vs. conflicto; éstas parecen ser las posibilidades. Sin embargo, no se debe caer en la simplificación de una dicotomía cerrada. Como espacios urbanos, las ciudades facilitan la emergencia de nuevas formas de interacción, diálogo o conflicto. Así lo afirma Rossana Reguillo: "La ciudad es espacio de investigación prioritario y privilegiado, en la medida en que no es solamente el escenario de las prácticas sociales, sino fundamentalmente el espacio de organización de la diversidad, de los choques, negociaciones, alianzas y enfrentamientos entre diversos grupos sociales por las definiciones legítimas de los sentidos sociales de la vida" (5).

Así entonces, una ciudad se reconoce como tal en tanto se diferencian en ella grupos que interactúan entre sí a partir de la necesidad práctica de convivir. De hecho, no puede pensarse la existencia de un ámbito social urbano sin reconocer la interacción de los grupos sociales. La experiencia urbana se desarrolla en la convivencia de los grupos, en una comunicación ideal basada en la negociación, el diálogo y el entendimiento. Es en esta relación de convivencia donde los grupos buscan su identidad, interpretan a la sociedad e intentan imponerse —en el sentido de dotarse de visibilidad como grupo— para satisfacer sus expectativas.

Otra perspectiva nos la aporta Josep Ramoneda (6), quien presenta las nueve categorías fundamentales alrededor de las cuales se articula la idea de ciudad: cambio, pluralidad, necesidad, libertad, complejidad, representación, sentido, transformación y, por último, singularidad. De todas estas ideas destacamos la ciudad como sistema complejo, frente a la idea de la ciudad como algo homogéneo y simple; la ciudad como representación simbólica y, por último, la ciudad como creadora de sentido. La primera se refiere a la ciudad como red de relaciones sociales, como sistema que se auto-organiza. La segunda entiende la ciudad como imaginario social, en el sentido que su existencia depende de las representaciones que se hacen de ella. Y la tercera idea apunta a la ciudad como entorno constructivo que dota de sentido a la vida de las personas que lo habitan.

Sistema, imaginario y sentido parecen ser los ejes del triángulo conceptual alrededor del cual se puede articular la idea de ciudad. La ciudad, desde una perspectiva sistémica, se puede entender como ente reflexivo: "La ciudad se convierte progresivamente en reflexiva y es cada vez más consciente de la capacidad de actuar sobre sí misma: no sólo sobre el espacio construido y sobre el esquema organizativo sino también sobre el *software*, sobre su cultura, sobre la atmósfera. La ciudad nueva contemporánea

intenta ser una ciudad que refleja, que organiza y torna exaudibles los deseos" (7).

Por otra parte, la idea de imaginario social nos acerca a una forma de comprender la ciudad que pone el énfasis en su dimensión simbólica. El imaginario social se entiende como el conjunto de representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación y de integración social. La tercera y última aproximación nos acerca a la ciudad como constructora de sentidos. Jesús Galindo atribuye a la ciudad el ser el referente básico del ser humano: "La ciudad es nuestra memoria y nuestro olvido, es más fija que nuestra existencia efímera, pero también cambia, ha tenido mil rostros, mil vidas y mil muertes, y sigue ahí. Sus rincones están asociados con el dolor, con la alegría, con la indiferencia. También es la guerra, la lucha cuerpo a cuerpo, lo sublime y lo ridículo. La ciudad está fuera y dentro de nosotros, la ciudad es nuestra y pertenecemos a la ciudad. Aquí se gesta el sentido y la trascendencia, o la náusea y la nada. La ciudad es el centro, reconocerlo es poner la mirada en el centro" (8).

1. La ciudad como espacio social

Para Bourdieu (1992) el espacio social es un sistema de posiciones sociales que se definen las unas en relación con las otras, y que por tanto, ponen en evidencia la desigualdad o las relaciones de poder. El "valor" de una posición se mide por la distancia social que la separa de otras posiciones inferiores o superiores, lo que equivale a decir que el espacio social es, en definitiva, un sistema de diferencias sociales jerarquizadas en función de un sistema de legitimidades socialmente establecidas y reconocidas en un momento determinado.

En las ciudades modernas, caracterizadas por un alto grado de diferenciación y complejidad, el espacio social se torna multidimensional y se presenta como un conjunto de campos relativamente autónomos, aunque articulados entre sí: el campo económico, el campo político, el campo religioso, el campo intelectual, etc. Un campo, por lo tanto, es una esfera de la vida social que se ha ido haciendo autónoma progresivamente a través de la historia en torno a cierto tipo de relaciones sociales, de intereses y de recursos propios, diferentes a los de otros campos.

Bourdieu recurre a la metáfora del juego para dar una primera imagen intuitiva de lo que entiende por campo. Éste sería "un espacio de juego relativamente autónomo, con objetivos propios a ser logrados, con jugadores compitiendo entre sí y empeñados en diferentes estrategias según su dotación de cartas y su capacidad de apuesta (capital), pero al mismo tiempo interesados en jugar porque "creen" en el juego y reconocen que vale la pena jugar" (9).

En este punto, podemos intentar ver a la ciudad como conjunto de campos, o bien como campo en ella misma, sobre todo con base a la consideración del campo como espacio de juego. Siguiendo a Manuel Delgado, podríamos decir que las relaciones urbanas son, en efecto, estructuras estructurantes, puesto que proveen de un principio de vertebración, pero no aparecen estructuradas -esto es, concluidas o rematadas-, sino estructurándose, en el sentido de estar elaborando y reelaborando constantemente sus definiciones y sus propiedades, a partir de los avatares de la negociación ininterrumpida a que se entregan unos componentes humanos y contextuales que rara vez se repiten.

Es en la ciudad, como espacio social, donde la persona actúa los roles que ha incorporado, definidos por las instituciones – campos- en las que participa como sujeto social. Pese a esta clara consideración de la ciudad como espacio social, es necesario observar más detalladamente algunas de las formas ordenadoras de la ciudad, esto es, sus dimensiones público/privado y centro/periferia. Asimismo, y a efectos de esta investigación, se retoman algunas de las principales ideas que ayudarán a definir el concepto de barrio.

Las ciudades tienen una dimensión geográfica y otra simbólica. El concepto de espacio público articula ambas dimensiones, ya que la ciudad incluye una gran variedad de espacios públicos que la caracterizan y constituyen su imagen (calles, edificios públicos, plazas, esculturas, mobiliario urbano, puentes, etc.). Todos estos espacios son significados por las personas que habitan la ciudad, lo cual nos acerca al concepto de simbolismo social. Según Lynch (1960), un elemento o un espacio urbano entra en el mundo percibido de las personas o de las colectividades cuando reúne tres elementos: la identidad, que lo distingue de otros elementos; la estructura, que marca una relación entre el observador y lo observado; y el significado, entendido como una implicación emotiva y funcional para el sujeto.

Diversas aproximaciones de la vida en la ciudad enfatizan, en la actualidad, el detrimento de la vida pública y el repliegue hacia lo privado, hacia el espacio doméstico. Uno y otro no pueden comprenderse de forma independiente, ya que "...la ciudad nace como espacio público que da sentido y pautas a lo privado" (10). O lo que es lo mismo, la identidad personal o individual tiene en el espacio uno de sus referentes más importantes, de modo que puede ser acertado hablar de la identidad de lugar o *place-identity* (11).

El espacio público tiene como virtud principal el ser a la vez espacio de representación y espacio de socialización, esto es, de copresencia ciudadana. Este último aspecto es de vital importancia si consideramos que la socialización es posible gracias a la interacción comunicativa entre sujetos sociales, y entre sujetos y objetos. En este sentido, el espacio público coincide con "...el

espacio cotidiano de los juegos, de las relaciones causales con los otros, del recorrido diario entre las diversas actividades y del encuentro" (12). Como espacio de representación, sin embargo, pudiera parecer que la ciudad tiende a constituirse en un escenario organizado en torno al anonimato y la ignorancia mutua, las relaciones efímeras, y aparentes o simuladas. El hecho de combinar ambas dimensiones, la dimensión de lo anónimo y la dimensión de lo social en términos de relaciones de sociabilidad, convierte al espacio público en escenario privilegiado para el estudio de la construcción de las identidades de los que habitan la ciudad, en tanto ciudadanos que arrastran consigo las experiencias privadas, familiares, y las ponen en escena, de forma más o menos visible, en el escenario ciudadano público.

El abordaje teórico del concepto de espacio público requiere, además, la comprensión de la territorialidad como dimensión primordial de su existencia. Así entonces, el espacio público, como constructor de identidades, sólo puede existir si los que habitan la ciudad lo dotan de un significado de "propiedad", o lo que es lo mismo, si los habitantes logran apropiarse de él: "La identificación de los individuos con un área que interpretan como propia, y que se entiende que ha de ser defendida de intrusiones, violaciones o contaminaciones. En los espacios públicos la territorialización viene dada sobre todo por los pactos que las personas establecen a propósito de cuál es su territorio y cuáles son los límites de ese territorio" (13).

Hablar de identidad social urbana, con relación al espacio público, supone tomar en cuenta varias dimensiones, tanto espaciales como sociales e ideológicas. Todas estas dimensiones se articulan en torno al denominado "espacio simbólico urbano", entendido como un elemento urbano que identifica a un grupo social vinculado a este entorno. Dicho de otra forma, vincular el espacio urbano con la apropiación simbólica permite un acercamiento entre los conceptos de espacio e identidad.

Como espacio distinto al espacio público, mas no antagónico, hallamos el espacio privado, aquél destinado a la vivencia y experiencia íntima, familiar, doméstica. Si en la antigüedad dicho espacio estaba limitado a los componentes anteriores, en los momentos actuales no se puede afirmar que exista un espacio privado prístino, ajeno a lo público, totalmente diferenciado de éste. Si lo público existe como extensión y visibilización de lo privado, este último debe su existencia, hoy en día, a la entrada de la dimensión pública en su seno.

Otro eje analítico importante para el abordaje de la ciudad lo constituyen las dimensiones espaciales de centro y periferia. En las ciudades actuales, los centros constituyen los motores de su existencia y cambio. El centro "...es la ciudad del deseo que produce y soporta imágenes y realidad" (14), es la ciudad representada mediáticamente, imaginada. Es la esencia de la ciudad, lo mostrable, lo que de forma casi automática atribuimos a la representación que nos hacemos de cualquier ciudad. El centro, así entonces, representa a la ciudad entera. De la capacidad del centro para proponer y hacer visibles los aspectos positivos de la ciudad dependerá el éxito de ésta.

Si el centro genera la imagen de la ciudad, la periferia está destinada a sumergirse en el mundo de lo invisible, de lo no mostrado, hasta de lo escondido. Dicha parte residual de la ciudad "no tiene fuerza para producir una imagen diferente de sí misma. Es la ciudad de las periferias y de los marginados, los residuos de la *coketown* sin tiempo. Es la no ciudad, o mejor dicho, la ciudad de los no-lugares" (15).

2. La ciudad como experiencia

La cultura contemporánea se caracteriza por la exaltación de lo vivencial, por la recuperación de la propia experiencia como valor privilegiado para la construcción del sujeto social. Así entonces, la ciudad no es sólo un lugar ocupado, sino más bien un lugar practicado, usado, experimentado. Un lugar vivido en toda su dimensión. Y en este sentido, se erige como escenario o marco idóneo para la coexistencia de experiencias diversas.

Tradicionalmente, se distingue una doble concepción de la experiencia a lo largo del pensamiento occidental. Por un lado, está la experiencia externa, asociada a los sentidos y a la concepción autosuficiente del objeto; esta tradición va desde Demócrito hasta el neopositivismo, pasando por Platón y los empiristas ingleses. Por otro lado, se habla de la experiencia interna, asociada a la imposibilidad de separar el sujeto del mundo en el acto de conocer, en la tradición que va desde Heráclito y Gorgias hasta los posmodernos, pasando por ciertas interpretaciones aristotélicas, algunas concepciones idealistas implícitas en Descartes, Leibniz, Berkeley y Kant, el vitalismo de Bergson y el psicoanálisis. El anclaje articulado de esta doble visión tiene lugar, sin duda, en la tradición de la fenomenología. Desde los antecedentes hegelianos hasta Husserl, Heidegger y Merleau-Ponty, se traza un puente entre la experiencia como aprehensión del entorno a través de los sentidos (experiencia externa) y la experiencia como vivencia del mundo por el sujeto en sus dimensiones sensorial y simbólica (experiencia interna).

En los últimos años, el concepto de experiencia se ha convertido en clave para entender los cambios vertiginosos que está viviendo el espacio urbano, ya que implica la consideración del sujeto –del ciudadano– como activo en la representación de la ciudad misma. En este sentido, el ciudadano se convierte en un "actor que construye una ciudad propia, absolutamente personal pero no por ello menos verdadera y menos ciudad, hecha de itinerarios, gustos, redes de relaciones, imágenes, deseos y

prácticas” (16).

El actor social, por lo tanto, no se limita a recitar un papel, pues el papel se interpreta pero la experiencia va más allá: se vive. Estas consideraciones son el punto de partida de los estudios acerca de los imaginarios urbanos, que buscan, como afirma Adrián Gorelik, “hacer presente lo que la gente realmente desea o siente, la multiplicidad de sus experiencias frente a la ambición reduccionista de los planificadores” (17).

Así entonces, la ciudad experimentada es trazada por la propia subjetividad del individuo que la vive, del ciudadano. En palabras de Amendola, “con una especie de *zapping*, la persona elige lugares, estilos, imágenes, códigos, ángulos y los combina en una experiencia personal” (18). Una experiencia que, si bien es compartible, nunca es transferible de forma idéntica de unos a otros. De ahí que la idea de la homogeneidad de la ciudad sea sólo una falacia. Y de ahí también que destaquemos que “la ciudad es palimpsesto. Es un ser inacabado, que se va construyendo de acuerdo con los recorridos que en él se efectúan” (19).

La calle, como espacio público por excelencia, es el lugar privilegiado para la vivencia o experiencia urbana. A la manera como lo expresaría Émile Durkheim, la calle es el escenario de prácticas, de formas de hacer, ajenas al espacio geométrico o geográfico que se ha construido desde fuera, con base a premisas teóricas y abstractas. En la calle se ponen en escena las diversas formas de vivir y experimentar lo urbano: es, así entonces, el lugar en donde convergen los haceres, los sentires, los deseos de los que habitan la ciudad. Es el espacio en donde prima la interacción, y por tanto, el espacio de comunicación por excelencia.

3. La ciudad como diversidad

Como espacio experimentado, vivido, la ciudad agrupa las más diversas formas de ser, sentir, hacer y vivir. Es, pues, cuna de la diversidad. Algo que pudiera parecer intrínsecamente positivo –la diversidad como enriquecimiento colectivo–, deviene sólo una ilusión, pues en nombre de la diversidad se legitiman prácticas discriminadoras que hacen que la desigualdad se anteponga a lo diverso, a lo distinto.

La condición heterogénica de las ciudades modernas ya fue puesta de manifiesto en la primera mitad del siglo XX, desde la Escuela de Chicago. Esta condición confirma que “una metrópoli no puede estar hecha de otra cosa que de gente de todo tipo, llegada de todo el mundo” (20).

Otra imagen es la de la ciudad como heterotopía. Siguiendo a Michel Foucault, la ciudad heterotópica estaría a caballo de la ciudad vivida –ciudad tópica– y la ciudad soñada o imaginada –ciudad utópica–. En palabras del autor la ciudad heterotópica está constituida de “lugares reales, lugares efectivos, lugares que están diseñados en la institución misma de la sociedad, que son especies de contraemplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los otros emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura, están a la vez representados, cuestionados e invertidos, especies de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sean sin embargo efectivamente localizables” (21).

Los procesos de desterritorialización y reterritorialización son también fundamentales para comprender la condición diversa de la ciudad contemporánea, sobre todo en el entendido que ésta es lugar de partida y llegada de gentes de procedencias muy variopintas. Por una parte, la ciudad se desterritorializa porque en su seno todo lo que concurre y ocurre es heterogéneo, movable, dinámico. Por la otra, y los procesos de asentamiento de inmigrantes son clara muestra de ello, los espacios urbanos recobran sentido al ser re-usados, re-utilizados, experimentados y vividos por nuevas personas, quienes ponen en escena prácticas distintas, a partir de objetos, signos y símbolos distintos.

Las interacciones que operan en el seno de los espacios urbanos, así entonces, se fundamentan no tanto en la relación con los semejantes sino, en mayor medida, con aquellos que son diferentes a nosotros. La coexistencia con lo diferente, con lo diverso, hace que los límites de lo urbano, de la ciudad vivida, se hagan hoy más inciertos que nunca, de manera que lo ignoto se insinúa cotidianamente en la ciudad a través de la presencia del otro y de lo extraño.

Un contexto de diversidad no augura necesariamente una convivencia plena entre los que hacen posible esa diversidad. A menudo la convivencia se da sólo de forma aparente, sobre la base de una razón estética que elogia lo exótico de la diferencia. Una convivencia real debería ir más allá y operar sobre “la declaración de la posible no comprensión del otro: convivo contigo también si no te comprendo” (22). Esta convivencia estaría basada en la voluntad –y antes que nada en la capacidad– de imaginar al mundo e imaginarse a uno mismo desde los ojos del *otro*. En este panorama posible, la exclusión resultaría imposible.

4. La ciudad y la comunicación. Aproximación desde la propuesta de la Comunicología Posible

Los enfoques de la comunicación están enriqueciendo el abordaje, la explicación y el análisis de lo que representa la ciudad desde un punto de vista social, económico, político o urbanístico. A los enfoques sociológicos, económicos, antropológicos y urbanísticos, así pues, hay que sumar la relevancia que toma la ciudad como objeto de estudio primordial para la disciplina de la comunicación. Lo anterior se justifica en el entendido de que los objetos de estudio de la ciencia de la comunicación –o

comunicología, como preferimos llamarla-, van más allá de los medios de difusión masiva. Siguiendo la propuesta del Grupo hacia una Comunicología Posible (GUCOM, México), la ciencia de la comunicación puede abordar objetos de estudio ubicados en cuatro dimensiones: la expresión –forma y configuración de información-, la difusión –medios de difusión masiva y sistemas de información-, la interacción –relación entre sistemas de comunicación, lo que suele llamarse comunicación interpersonal-, y estructuración –relación entre sistemas de información y sistemas de comunicación-. En otro orden de ideas, la comunicología se ha nutrido, desde su emergencia como campo de saber, de aportaciones disciplinarias muy diversas. En el GUCOM se consideran al menos nueve fuentes del pensamiento comunicacional: la cibernética, la sociología funcionalista, la sociología cultural, la sociología crítica, la economía política, la sociología fenomenológica, la psicología social, la lingüística y la semiótica (23).

Tomando en cuenta el panorama anterior, podemos decir que son muchas y muy variadas las posibilidades de los estudios sobre la ciudad desde la óptica de la comunicación. Muchos los temas y problemas que pueden abordarse desde esta mirada específica. La riqueza de observar a la ciudad y lo urbano desde una mirada comunicológica está marcada, además, por la complejidad intrínseca de los estudios urbanos.

Aunque la pregunta por la ciudad y las formas de vida que se dan en ella no constituye una novedad en el campo de la comunicación, se puede afirmar que, en la actualidad, esta vieja preocupación requiere de una mirada más abierta, interdisciplinar, que no reduzca los estudios a los conjuntos de prácticas comunicativas que tienen como telón de fondo el espacio ciudadano. Esto es, si bien se ha abordado la ciudad desde la comunicación, se aprecia una falta de problematización del papel mismo de la ciudad como generadora de formas de socialidad –y de comunicación- específicas. Los estudios sobre prácticas culturales-comunicativas, por un lado, y los estudios acerca de la presencia de los medios de comunicación en el espacio urbano, por el otro, han sido las temáticas predominantes en las investigaciones que han abordado la cuestión desde la disciplina de la comunicación.

A pesar de lo reduccionista de los abordajes apuntados, no se pretende afirmar en ningún momento la inutilidad de tales estudios. En palabras de Rossana Reguillo, “la pregunta por la comunicación en la ciudad no se reduce a la infraestructura de los sistemas comunicativos, a la configuración de públicos en relación con esta infraestructura, aunque unos y otros de estos elementos sean parte consustancial de todo estudio sobre la ciudad y puntos de partida para el análisis, mientras no conviertan a la ciudad en un sistema cerrado o se diluyan en una apertura infinita” (24).

El trinomio territorio-identidad-acción colectiva puede abrir para las ciencias de la comunicación la posibilidad de análisis más complejos y finos sobre temas hasta ahora casi olvidados, como son la interacción comunicativa –que sitúa el debate en la construcción y mantenimiento de relaciones sociales-; la lucha por la apropiación y definición legítimas de objetos y prácticas sociales –que nos sitúa en los estudios acerca del poder y la construcción de la hegemonía-; y las fuentes de las que se nutren las representaciones y el imaginario colectivo que orientan a la acción, esto es, la presencia de los medios no como simples emisores de imágenes sino más bien como mediadores entre el ser y el hacer, como constructores de identidades específicas.

Lo anterior puede organizarse con base en las dimensiones comunicológicas apuntadas anteriormente. Así entonces, tendríamos que dentro de la dimensión de la expresión, se podrían abordar temas como los siguientes: la presencia de manifestaciones artísticas en el espacio urbano, el lenguaje coloquial en las interacciones urbanas en la ciudad y la importancia de la cultura visual en este mismo espacio. En cuanto a la dimensión de la difusión, la más legitimada dentro del pensamiento en comunicación, en relación con la ciudad podríamos reflexionar e investigar asuntos como la imagen de la ciudad en los medios de difusión, la historia de los medios en la ciudad, el consumo de medios por parte de algún sector específico de población de la ciudad y el tratamiento mediático de manifestaciones de cultura popular urbana, entre otros temas. Con respecto a la interacción, dimensión que pone el acento en la construcción de vínculos y relaciones entre sujetos, la ciudad puede analizarse u observarse a partir de investigaciones sobre la comunicación interpersonal como anclaje de la vida de las vecindades del centro histórico de la ciudad, las interacciones entre habitantes de diversas zonas de la ciudad o los cambios en la comunicación interpersonal ante la llegada o huida de habitantes, por citar sólo algunos temas. Por último, la estructuración conecta las dimensiones anteriores, y como tal, puede centrarse en el estudio de cuestiones como la legislación de medios en una determinada ciudad, las relaciones entre los medios de difusión y la sociabilidad en el espacio público y el uso del espacio urbano para la información pública y la actividad política, entre otros temas.

En las siguientes páginas se presentan muy brevemente las reflexiones acerca de dos de las principales vetas de análisis de la ciudad desde una óptica comunicológica. La primera hace referencia a la construcción mediática de la ciudad; y la segunda, a la concepción de la ciudad como un sistema de comunicación, como el telón de fondo de las actividades de interacción cotidianas.

4.1. La ciudad como sistema de comunicación

“Entre las muchas representaciones (o imágenes y paradigmas) utilizados para interpretar la ciudad, aquella que la ve como un

sistema de comunicación es probablemente la más actual y significativa” (25). Entendemos por sistema un conjunto complejo e interrelacionado de espacios, actores y acciones en actividad constante. Como ya se ha dicho anteriormente, uno de los principios básicos de la teoría de sistemas es que la sociedad no puede existir sin la comunicación; es, en sí misma comunicación. Por ello, la afirmación que abre este apartado se sitúa, de algún modo, en una perspectiva sistémica tanto de la comunicación como de la ciudad.

Alfredo Mela considera que el entorno o sistema urbano puede ser planteado como producto de la interdependencia de tres subsistemas con lógicas de funcionamiento, reglas y dinámicas autónomas: un sistema de localización de la actividad; un sistema de comunicación física, y un sistema de comunicación social (26). El primer subsistema haría referencia a los campos sociales que constituyen una ciudad; el segundo contiene todo lo referente a los soportes físicos empleados para la transmisión de información; y el tercero, por último, englobaría las formas de comunicación, de interacción comunicativa, que se dan entre los diversos actores que conforman la ciudad.

Si partimos de que la ciudad es un espacio de sociabilidad, de construcción de sujetos, mirar la ciudad desde la comunicación implica, en primer lugar, considerar la relación entre la cultura objetivada –lo que en palabras de Pierre Bourdieu constituyen los campos y sus capitales específicos- y la cultura incorporada o interiorizada –el *habitus*, siguiendo la propuesta del sociólogo francés. Ambas culturas se ponen en escena en forma de lo que él mismo denomina prácticas culturales. La relación entre lo objetivo y lo subjetivo, dimensiones básicas de la cultura y, por ende, de la identidad cultural, puede ser mirada y objetivada en las prácticas sociales o culturales, a partir de ejes analíticos y organizadores de la ciudad como son lo público y lo privado, lo central y lo periférico y, en una dimensión más simbólica, lo legítimo y lo ilegítimo. Así entonces, la ciudad no se reduce a su dimensión espacial o campal –objetiva-, pero tampoco es sólo un conjunto de representaciones incorporadas por los sujetos. Es, como queda claro en la afirmación anterior, una compleja combinación entre ambas dimensiones.

4.2. La ciudad como construcción mediática

Las percepciones acerca de la ciudad contemporánea se alimentan en gran medida del imaginario urbano construido, representado y narrado por los medios de difusión masiva. Así entonces, la ciudad y sus representaciones mediáticas se producen mutuamente. Como constructores de la realidad, o difusores de representaciones sociales acerca del mundo, los medios configuran un determinado “mito urbano”. En palabras de Amendola, “viajamos atraídos por estas imágenes de ciudad y de lugares, frecuentemente sólo para encontrar en la experiencia la confirmación de la imagen conocida y para poder narrar nosotros mismos un relato de ciudad ya escrito” (27). En este sentido, compartimos con el autor que la imagen urbana, en su dimensión mediatizada, es penetrante y constituye un importante factor de socialización que anticipa el conocimiento de las ciudades, que se convierten en algo conocido antes de haber sido vividas o experimentadas.

En la misma línea se sitúa la reflexión de Gómez Mompert, quien afirma que “la construcción imaginaria de la ciudad, producida por las industrias de la cultura y de la comunicación, entabla individual y colectivamente un diálogo con el ciudadano, quien contrasta su visión con la versión mediática, retroalimentándose mutuamente” (28).

En este sentido, se puede decir que los ciudadanos, sujetos sociales, leen la ciudad como primer referente de su experiencia existencial, y a la vez, negocian sus percepciones y vivencias con las lecturas que vienen propuestas –o impuestas- por parte de los medios de difusión masiva. Se produce, así entonces, una negociación –que puede ser compartida o puede generar un choque- entre las cosmovisiones producto de la experiencia subjetiva de los individuos y las versiones que los medios construyen sobre la experiencia urbana.

Lo interesante del debate es ver hasta qué punto una y otra dimensión pueden entenderse de forma independiente. Esto es, ¿hasta qué punto podemos hablar de experiencias y percepciones subjetivas acerca de la ciudad sin tomar en cuenta la imagen que de ella transmiten los medios? Y a la inversa, ¿pueden los medios construir versiones sobre la experiencia urbana sin antes aprehender cómo es que está siendo vivida la ciudad por parte de los sujetos que la habitan? La imposibilidad de dar respuesta a una y otra pregunta nos sitúa en el centro del debate, y hace que consideremos, antes que nada, la interdependencia entre las versiones e imágenes de la ciudad, vivida y construida mediáticamente.

Las imágenes que de la ciudad tienen sus habitantes –y, siguiendo la argumentación del párrafo anterior, también aquellas personas que no la habitan- se nutre, por tanto, de construcciones mediáticas. Sin embargo, el vivir la ciudad aporta una experiencia que difícilmente puede ser substituida por la imagen que de ella conforman los medios. Esta afirmación se sustenta en que, a pesar de que una ciudad es impensable sin su relato, sin el imaginario o la representación que se crea entorno a ella, dicho relato es diferente al objeto que representa; no obstante, analíticamente es difícil, quizás imposible, cortar esta estrecha relación entre la ciudad y las narraciones que la toman como objeto a representar.

Y es que la ciudad puede ser mirada y vivida de muchas y muy diversas maneras. Las narraciones de los medios son, solamente,

una forma posible de ver la ciudad. Dada esta multiplicidad de miradas, de formas de ver y vivir las ciudades, podemos decir que las fronteras entre la ciudad y los relatos que se hacen de ella tienden a perderse o, al menos, a difuminarse.

5. Cierre

Las reflexiones anteriores no agotan las posibilidades del abordaje comunicológico de la ciudad. Más bien configuran algunas hipótesis de trabajo que abren posibilidades a un gran número de objetos de estudio que relacionan ciudad y comunicación.

En este ensayo se han establecido algunas consideraciones generales que permitan fundamentar la línea de investigación sobre ciudad y comunicación. Se han expuesto algunos puntos de partida básicos para comprender a la ciudad como un fenómeno comunicativo. Y es que la ciudad, como objeto multidimensional, nos parece un laboratorio social que ofrece múltiples posibilidades para la investigación en comunicación.

Notas

- (1) Ledrut (1974: 23-24).
- (2) Harvey (1998: 83).
- (3) Jelin (1996: 1).
- (4) Amendola (2000); Delgado (1999).
- (5) Reguillo (1995: 122).
- (6) Josep Ramoneda (1998).
- (7) Amendola (2000: 63).
- (8) Galindo (1988: 1).
- (9) Bourdieu (1992: 73).
- (10) Amendola (2000: 265).
- (11) Hunter (1987).
- (12) Borja y Muxí (2001: 95).
- (13) Delgado (1999: 30).
- (14) Amendola (2000: 32).
- (15) Amendola (2000: 32).
- (16) Amendola (2000: 105).
- (17) Gorelik (2004: 8).
- (18) Amendola (2000: 105).
- (19) Imbert (1987: 191).
- (20) Delgado (1998: 29).
- (21) Foucault (1984: 3).
- (22) Amendola (2000: 284).
- (23) Para mayor información, ver el Portal del Grupo hacia una Comunicología Posible (GUCOM), disponible en <http://www.geocities.com/comunicologiaposible>
- (24) Reguillo (1997: 27).
- (25) Gómez Mompert (1997: 1).
- (26) Mela (1994: 10).
- (27) Amendola (2000: 173).
- (28) Gómez Mompert (1997: 3).

Bibliografía

- Amendola, Giandoménico. *La ciudad postmoderna*, Madrid, Celeste, 2000.
- Borja, Jordi; Muxí, Zaida. *L'espai públic: ciutat i ciutadania*. Barcelona, Diputació de Barcelona, 2001.
- Bourdieu, Pierre. *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, París, Seuil, 1992.
- Delgado, Manuel. *Diversitat i integració*, Barcelona, Empúries, 1998.
- Delgado, Manuel. "Dinámicas identitarias y espacios públicos", en *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, Núm. 43-44, "Dinámicas identitarias", Barcelona, Fundación Cidob, pp. 17-33, 1999. Artículo en línea, disponible en <http://www.raco.cat/index.php/RevistaCIDOB/article/view/28101/27935> (fecha de consulta: marzo de 2007).
- Delgado, Manuel. *El animal público*, Madrid, Anagrama, 1999.
- Foucault, Michel. "De los espacios otros". Conferencia dictada en el Cercle des Etudes Architecturales, marzo de 1967. En *Architecture. Mouvement, continuité*. Núm. 5, octubre de 1984, Lima (Perú). Conferencia disponible en <http://www.urbanoperu.com/Documentos/Filosofia/Foucault-De-los-espacios-otros> (fecha de consulta: marzo de 2007).
- Galindo, Jesús. "Vía pública, vida privada. De los caminos de vida y la calle en la organización urbana". Artículo publicado en la

- página personal del autor, disponible en <http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm> (fecha de consulta: febrero de 2007).
- Gómez Mompert, Josep Lluís. "La configuración mediática de la ciudad contemporánea". Ponencia presentada en el IV Congreso de ALAIC, Recife (Brasil), 12-16 de septiembre de 1998. Texto escrito en 1997. Ponencia disponible en www.eca.usp.br/alaic/Congreso1999/2gt/Josep%20LGMompert.doc (fecha de consulta: febrero de 2007).
- Gorelik, Adrián. "Imaginario urbano e imaginación urbana". En *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, Núm. 1, Verano 2004. Colombia. Artículo en línea, disponible en http://www.bifurcaciones.cl/001/bifurcaciones_001_AGorelik.pdf (fecha de consulta: febrero de 2007).
- Harvey, David. *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Hunter, A. "The symbolic ecology of suburbia", en *Human Behavior and Environment*, Vol. 9, Nueva York, Plenum Press, pp. 191-219, 1987.
- Imbert, Gerard. "Figuras de lo urbano (la ciudad y su reverso)", en *Estudios semióticos*, Núm. 13-14. Associació d'Estudis Semiòtics de Barcelona, Barcelona, pp.189-208.
- Jelin, Elizabeth. "Ciudades, cultura y globalización". Artículo en línea, disponible en <http://www.crim.unam.mx/cultura/informe/art7.htm> (fecha de consulta: febrero de 2007).
- Ledrut, Raymond. *El espacio social de la ciudad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.
- Mela, Alfredo. *La città come sistema de comunicazioni sociali*, Milán, Franco Angeli, 1994.
- Ramoneda, Josep. "Una idea filosòfica de ciutat". En Nogué, Joan (ed.) *La ciutat: visions, anàlisis i reptes*, Girona, Ajuntament de Girona, 1998.
- Reguillo, Rossana. "Pensar la ciudad desde la comunicación", en Galindo, Jesús y Luna, Carlos (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*, México, ITESO- CONACULTA, 1995, pp. 109-132.
- Reguillo, Rossana. "Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la modernidad mexicana", en *Comunicación y Sociedad*, Núm. 27, Guadalajara (México), Universidad de Guadalajara, 1997.